



La 33

Revista Digital



Índice

A modo de presentación. <i>Los que escriben</i>	3
Editorial. <i>Comunidad de lectores y escritores</i>	5
Mito de origen, por <i>Dominique Moreno y Leticia Roldán</i>	7
Brotando de cara al viento, por <i>María Agustina Mancini</i>	11
La palabra, entre el eco y el decir, por <i>Mariana Noel</i>	18
Los veo. Lo otro que soy, por <i>Florencia Gómez</i>	21
Don Ernesto, dedos de trigo, por <i>Graciela Callegari</i>	23
Transmutar y otros poemas, por <i>Milagros Pérez</i>	26
Voluntarios, por <i>Leandro de la Cal</i>	29
Cuatro mujeres, por <i>Julio Zabaljáuregui</i>	37
Cuatro poemas incluidos en <i>La vida prima</i> , por <i>Silvia Pailhé</i>	42
¿Por qué escribo? (Escribo porque escribo), por <i>Natalia Balul</i>	44
Destruir para construir, por <i>Stella Gil</i>	47
Alternativas, por <i>Alcira Lembi</i>	49
Nicolás y el sombrero, por <i>Ricardo Listorti</i>	51
Mensaje, por <i>Valentina Pereyra</i>	54
La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra	56
Despedida	58

A modo de presentación

Los que escriben

“Rarísima, desesperada/ complicidad de los papeles. / Es muy lindo decir naranja, /pera la tinta cómo duele. /Cuánta fatalidad nos hace falta./Yo no sé cómo hay gente que se atreve.” (M.E. Walsh, Arte poética)

Se atreve porque así respira, piensa, hace; se atreve para tratar de hilvanar con palabras lo que se presenta como demasiado hermoso o como demasiado insoportable. Son lectores activos, involucrados que escriben para para que el relato crezca, como una forma de enfrentar los miedos o poner palabras al viaje

Umberto Eco , en *Seis paseos por los bosques narrativos* explica que “leyendo novelas huimos de la angustia que nos domina cuando intentamos decir algo verdadero sobre el mundo real (...) Ésta es la función terapéutica de la narrativa y la razón por la cual los hombres, desde los comienzos de la humanidad, cuentan historias. En otro orden, es la función de los mitos: dar forma al desorden de la experiencia.”

Por eso tal vez se escriba para salir de los propios fantasmas. O quizás se escriba simplemente porque es el mejor modo que encontramos de llevarlos consigo. Escribir porque escribir salva. A veces parece no ser uno quien escribe, pero se encuentra en las palabras y todo se vuelve uno, escribiendo; y entonces retomamos rumbo, el de *el decir*, interpretado o interpretante, resonante o silencioso, pero nunca ajeno ni lejano. Escribir por eso, porque no puedo postergar lo que brota.

Tal vez, al decir de P. Claudel no “fueron palabras las que hicieron *La Odisea*, sino *La Odisea* quien hizo las palabras.” Y así vamos escribiéndonos en las cosas.

“Mirar el río hecho de tiempo y agua/y recordar que el tiempo es otro río,/saber que nos perdemos como el río/y que los rostros pasan como el agua. A veces en las tardes una cara/nos mira desde el fondo de un espejo;/el arte debe ser como

ese espejo/que nos revela nuestra propia cara.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,/lloró de amor al divisar su Ítaca/verde y humilde. El arte es esa Ítaca/de verde eternidad, no de prodigios”.

(J.L.Borges. Arte poética)

Escribimos de verde eternidad, no de prodigios.

Editorial

Comunidad de lectores y escritores

“La palabra comunidad es un lugar cálido”, al decir de Z. Bauman, un “lugar acogedor y confortable”. Es como “un tejado donde cobijarse cuando llueve mucho como una fogata ante la que calentar nuestras manos en un día helado”. En una comunidad podemos contar en la buena voluntad mutua. Leer y escribir es siempre una apuesta de sentido, de búsqueda y elecciones de modos de decir. Implica siempre el riesgo de la diversidad y de la exposición ante otros/as y el riesgo de provocar reacciones amigables o de las otras. La idea de comunidad es la del lugar amigable que contiene a los que se animan a poner sentido y a poner palabra.

Es el espacio donde circulan ideas y aseveraciones, descripciones, miradas escritas o dichas de quienes descubriendo mundos los comparten. La construcción del espacio común en el que se encuentran los sujetos y a su vez se muestran en sus singularidades y son contenidos por el/la - los otros/as, es la manera de transitar el desvelo de ansiar ser libre y sentirse seguro.

No podemos ser humanos sin seguridad y libertad, pero no podemos tener ambas a la vez; y ésta no es razón para dejar de intentarlo. La palabra dicha y la palabra significada y la palabra escrita son, en este caso, los modos de esa búsqueda y el pretexto de buscar esa comunidad ansiada; en este caso de los que leen y los que escriben en el 33.

Los que escriben porque quieren, porque desean porque les permite ser uno creando mundos, expresando sensaciones, visiones; interpelando miradas, significados y percepciones.

Escribir es una manera de leer mundos, y leer es el modo de escribir esos textos. aunque sea provisionalmente desde cada singularidad para la provocación plural del que puso en palabras una idea.

Con la sensación de que la comunidad nos cobija, nos abriga y nos contiene; porque como dice Bauman “si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, solo puede ser (y tiene que ser) una comunidad entretejida a partir del compartir y del cuidado mutuo: una comunidad que atienda y se responsabilice de la igualdad del derecho a ser humanos de la

igualdad de posibilidades para ejercer ese derecho” y, uno de ellos, es el de escribir lo que pienso y siento y como veo lo que veo.

Mito de origen

por Dominique Moreno y Leticia Roldán

La pregunta dispara una multiplicidad de respuestas y de nuevos interrogantes. La práctica de la escritura, y en especial de la palabra poética, muchas veces se encuentra con la puerta del *no sé*. Esas dos palabras son como declaró Wislawa Szymborska *“Pequeñas, pero dotadas de alas para el vuelo. Nos agrandan la vida hasta una dimensión que no cabe en nosotros mismos y hasta el tamaño en el que está suspendida nuestra Tierra diminuta. (...)”*

El mundo, a pesar de cualquier cosa que podamos pensar sobre él, espantados por su inmensidad y nuestra impotencia ante él, amargados por su indiferencia frente a los sufrimientos particulares de la gente, de los animales y tal vez de las plantas -ya que ¿de dónde proviene la certeza de que las plantas están libres de sufrimientos?--; (...) a pesar de no sé qué cosa más que pudiéramos pensar sobre este mundo: es asombroso.

Pero en la expresión «asombroso» se esconde una trampa lógica. Nos causa asombro lo que sobresale de la norma conocida y comúnmente aceptada, de una obviedad a la cual estamos acostumbrados. Pues bien, un mundo así, obvio, no existe. (...)

...en el habla cotidiana, la cual no recapacita sobre cada palabra, usamos expresiones como «la vida común», «los acontecimientos comunes»... Sin embargo, en la lengua de la poesía, donde se pesa cada palabra, ya nada es común. Ninguna piedra y ninguna nube sobre esa piedra. Ningún día y ninguna noche que le suceda. Y sobre todo, ninguna existencia particular en este mundo.”

Por lo tanto, pensar la escritura en torno a lo poético es acercarnos a los sonidos, al trazo y a la voz con el asombro de estar ante algo irrepetible.

La palabra poética va al encuentro de los cuerpos. Hay una energía que mueve a actos propiciadores de ser con/en otros. Esta experiencia es una suma de esos actos: Leticia escribe una especie de *Ars poética*, un ejercicio en el marco del *Diplomado en Escritura Creativa*; lo envía a Dominique porque confía en amigas que leen y ven otras cosas. Dominique toma ese relato y, como un puente entre dos orillas, tiende el camino para que la historia llegue a sus estudiantes de 4º año de la *Escuela Nacional Ernesto Sábato* (Tandil). Están escribiendo

sus bitácoras. Lo que ellas y ellos hicieron luego, es lo que hace un **lector activo: involucrarse y poner su voz para que el relato crezca.**

Lo que van a leer a continuación es un intercambio entre **lectores que escriben**, entre un niño que narra desde la ficción el origen de su escritura, y un grupo de adolescentes que leen allí algo de su propia historia. Las tres bitácoras compartidas, autorizadas por Federico, Marcia y Anna, fueron transcritas conservando las marcas particulares de sus autores.

¿Por qué escribo?

Medito sin palabras y sobre nada.

Lo que me estorba la vida es escribir.

Clarice Lispector

Es de noche y, aunque vinieron a cenar los abuelos, papá nos dice: *ya es hora de que se vayan a dormir*. Doy vueltas, busco el pijama, seguro mamá lo puso bajo la almohada. En la cucheta de arriba duerme mi hermana, mi hermano en la cuna. No importa que seamos tres en la misma pieza, igual tengo miedo.

Mamá me ve dando vueltas y dice: *Llévate agua que sino a la noche te da sed y me despertás*. La escucho y vuelvo a la cocina a llenar la jarra amarilla. La escucho sabiendo que es mentira: en lugar de agua podría pedir cualquier cosa, pero ellos ven la sed como algo que no espera. Por eso, agua, y porque el sueño se hace insoportable. A veces me despierto agitada, el pecho mojado, la pieza es oscura y la ventana da a la vereda. En la escuela, Fierro -mi compañero de banco- me contó de la llorona y esa misma noche escuché el llanto de una mujer a través de la persiana. No quise abrir los ojos. A veces siento que los oídos me van a explotar, que yo estoy por explotar porque voy guardando a los otros. Los escucho durante el día y la noche, algunos se hacen un eco y cuando camino me retumban, cada vez que un pie toca el suelo.

En el sueño no hay nadie. Es raro que con tantas voces adentro me quede solo y en silencio. Empieza así: está mi cuerpo en esta ciudad, pero mis ojos suben, suben, se despegan, entonces yo estoy ahí pero también me alejo, y paso a ver un punto en un país, y luego un continente, así cada vez más distante hasta que veo la esfera planetaria, los océanos, la tierra

como islas vacías, solitarias. Entonces, el espacio, la galaxia de oscuridad y sonidos sin nombres que se prolongan como golpes de gong o como esa canción que el abuelo pone los domingos a la tardecita. El disco da vueltas una hora con el piano haciendo lo mismo y el chillido de ese viento entrando y saliendo de la melodía. Estar en la galaxia se parece a la canción del abuelo, también la letra es de otro mundo, yo la escucho para intentar entender algo, ui mi tei fai, y después mai uei, jas tei fai, jas tei fai. La galaxia tiene su canción de oscuridad, silencio y, por debajo, una lengua inentendible. Mientras floto en el espacio quiero guardar lo que escucho para cuando despierte, inmediatamente mi cuerpo sabe que eso es imposible. Sigo alejándome hasta el último planeta de la galaxia donde el frío y la oscuridad son una misma cosa. Cuando ya estoy acostumbrado a este navegar galáctico, caigo de la vía láctea a la nada. Es un estar cayendo infinito y veloz tan insoportable que me despierta.

Tengo la jarra amarilla con agua al lado de la cama, ya me puse el pijama, mis hermanos ya están acostados. Desde acá puedo escuchar que los grandes siguen en la mesa hablando de algo que no me interesa. A veces pienso cómo sería si no existiera la noche, si se pudiera vivir sin dormir. *Abuelo*, digo despacito, *abuelo*. Escucho que corre la silla y camina hacia acá. *Querés que apague la luz, te prendo la del baño*, dice. *Vení abuelo, ¿me das la mano?* Él no dice nada, se sienta en el borde de la cama, y ofrece su mano de la que tomo sólo dos dedos. Son inmensos y están gastados de pegar azulejos, lo vi hacerlo en mi casa, pero para ser tan ásperos seguro que pusieron muchos azulejos. Trato de imaginar cuántas casas, cuántos azulejos, de qué colores.

Contame algo, le pido. *¿Qué querés escuchar?* Pregunta por cortesía. *La del faro*. Como por primera vez empieza a decir y yo miro con los ojos de quien está ante una maravilla.

Escucho en la historia repetida, la canción del domingo, la del viaje astral. Escucho y pienso en la noche que me espera, en la oscuridad, en el sueño. Me duermo sintiendo que esta vez no voy a tener miedo. Hay una voz grave y familiar que me lleva del día al misterio.

Las bitácoras

Jueves 27/05/21 10:00 En la clase de hoy tuvimos una puesta en común acerca de cómo íbamos con la bitácora y también leímos un relato sobre una amiga de la profe que se titulaba *¿Por qué escribo?* que hablaba sobre un nene que tenía miedo a la noche y que llegaba su abuelo y lo calmaba. Este relato me tocó muy personal, me sentí muy identificada, me revivió momentos que yo tenía a la noche cuando era chica que sentía que los grandes nunca en mi

vida habían tenido miedo acerca de nada y por eso no me entendían. Tampoco yo sabía mucho a qué cosa le tenía miedo, que en realidad no era ni un monstruo, ni la oscuridad, ni la soledad... nunca lo supe. En el momento que tenía miedo sólo sabía que no me gustaba, que era horrible y que por eso lloraba.

Marcia Almeyra

Viernes 28 de mayo 16:36 Hoy al final de la clase la profe nos leyó un texto y no podía dejar esto sin escribir, el texto era muy lindo y me hizo acordar mucho a mi abuelo, me gustó mucho cómo la autora pone el título de “por qué escribo” y hablamos acerca de éste y vemos esta sensación de escribir me meto en la historia y me voy y esta escritura es la cual construye este viaje y largarse donde plasma todos sus sentimientos y te conecta muchísimo con la autora te hace sentir que la situación la cual escribe es una vivencia propia, y aparece esto de cómo la escritura es una forma de desarmar el miedo una compañera hizo un aporte acerca de una imagen que la relacionaba con esta sensación de “desenredarse” escribiendo.

Federico Müller

Domingo 30 de mayo Este texto que leímos se llama ¿Por qué escribo? de Leticia Rolán, una amiga de la profesora. Una frase que destaco del texto es “Yo estoy por explotar porque guardo a los otros.” Siento que muchos nos podemos identificar en eso, a veces guardamos tantas cosas que tenemos que canalizar por algún medio, ese medio puede ser la escritura. En este texto vemos a **la escritura como una forma de enfrentar los miedos** y como una forma de ponerle palabras a un viaje. También habla de la escritura como algo reparador, como si fueran las manos protectoras de un abuelo, ya que la que narra es una niña. En la clase reflexionamos sobre todas estas cosas y vimos la función que puede cumplir para cada uno la escritura. Yo creo que es muy importante expresarnos de alguna manera y siento que escribir es una forma hermosa de hacerlo. Luego de leer el texto de esta autora, me siento más inspirada a escribir y a intentar mejorar en eso. Además, me ayudó a replantearme con qué fin escribo y qué es lo que quiero transmitir cuando lo hago.

Anna Minnaard

*Escribo porque para mí escribir es
como salir a correr un día ventoso.
Y ese viento contra mi cuerpo remueve ramitas
que fueron acumulándose con los años.
Para mí, escribir es remover
María Agustina Mancini*

Brotando de cara al viento

Por María Agustina Mancini

*“Aquel que desea pero no obra, engendra la peste”
“Así olvidaron los hombres que todas las deidades residen en el corazón”*

William Blake.

A mi espléndida madre.
A mis amigos, quienes lamen mis heridas.
Y me sacuden.

Manifiesto

Yo no soy de nadie
Como hoja otoñal
Caí del Gran Árbol
Me solté al viento
en caída libre
Mis hermanas me miraban
Desde arriba.

Viajo
Viajo a través de las corrientes de aire
A veces descanso en una vereda o cordón

¹ María Agustina Mancini es estudiante del Profesorado de Educación Secundaria en Lengua y Literatura.

Y luego emprendo vuelo.
A veces me moja la lluvia
Pero no logra marchitar
Mis colores
Que se parecen al Fuego.

Yo no soy de alguien
Yo no soy de nadie
En mi vuelo me acompaña
Mi hoja madre
Y mi hoja hija
Juntas
Nos posamos en un banco
Para que nos calienten
Los tibios rayos del sol.

Otras veces formo una pila
Que se parece a una montaña
Junto a otras hojas otoñales
Que a veces
Los transeúntes
Pisan
O patean a su paso

Yo no soy de alguien
Yo no soy de nadie
Yo no seré usada para alguna clase de artesanía.

Yo no soy de nadie
Porque me solté del Gran Árbol

Para volar

Libre con el viento.

2

Manifiesto.

Todavía me duele el brazo
del estacazo que me pegaron
Todavía duele
Y es un dolor punzante.

Duele
Se ve el moretón
Se siente
Como una estaca
Clavada
Su punta es fina
Y llega
Hasta lo más profundo.
Todavía me duele
Por debajo del hombro

Hay quienes dicen
Que los brazos
Son
Prolongaciones
Del corazón.

Todavía me duele el brazo

Tapo la marca que dejó

El golpe

Con mi camisa colorida

Pero si me tocan

Lloro.

Lloro en silencio

A veces me ahogo

Pero siempre cuido

Que nadie me vea.

Aunque en secreto

Y en lo profundo deseo

Quisiera

Que llegara esa cura

Para mi brazo moretoneado

Una cura mágica

Tibia y reconfortante

Como un paño

Un lugar seguro

Donde posar mi cara.

Todavía

Me duele el brazo.

El nido

Me acuesto

Sobre el lado izquierdo de mi cuerpo

Mi cabeza se hunde en la almohada

Mis costillas

Pegadas al colchón.

Con los ojos cerrados

Cruzo los brazos

Por encima de mi pecho

Una mano a cada lado

Tocando el hombro opuesto

Casi

Por instinto

Como queriendo

Proteger

El contenido del tórax

Como queriendo

Sujetar

Lo que hay por dentro.

Mis piernas

Poco a poco se doblan

Hasta que los muslos

Desnudos

Tocan mi vientre

Como buscando calor

Como queriendo

Recordar

Ese nido perdido.

**

Apoyé mi corazón contra el piso

Acostada

Boca abajo.

Y cerré los ojos.

Y en este estar

Y no estar

Agotada

E indefensa

Sentí

Mi respiración

Como un oleaje

No como el del mar bravo

Libre e infinito

La sentí

Como el agua estancada

En una pileta

Cuando ya pasó el verano

Y los nenes juegan

Sobre sus bordes

A mover el agua con ramitas.

Sentí

Ese ir y venir

Cada vez

Un poco más suave.

Sentí

Como se abría mi pecho

Como una caja

Cerrada por años

Sellada y oxidada.

Sentí

Su descarga

Una fuerza libre

Y poderosa

Y sentí

Como se enraizaba

Al suelo

Duro y frío

Como se abría camino

Entre cerámicas

Para brotar

Y florecer

Por todas las veces

Que fue asfixiado.

Poesía colaborativa

Nos faltaba madurar

Si. Nos faltaba

Ya

Caímos

De

La

Planta

Ahora

Estamos en las nubes.

Escribir para mí siempre estuvo asociado al juego, a la posibilidad de decir de un modo particular, algo extrañado y despegado de las usuales formas del habla cotidiana. A través del tiempo -a medida en que descubría nuevas disciplinas- mi escritura fue cambiando. Empecé escribiendo poesía, influenciada por todos los autores a los que admiraba. Después fue la época del cuento; en ese entonces era empleada administrativa de un frigorífico y el universo de medias reses colgando entre el cuchicheo de los carniceros era una fuente inagotable de historias. El teatro también me acercó a otros discursos y escribir escenas le daba a la palabra la virtud de poder ser representado. También el psicoanálisis vino a complejizar mi relación con el lenguaje. Ahora lo que más escribo son reseñas de los espectáculos que veo o artículos en los que imprimo algo de mi posición subjetiva frente a situaciones de la realidad. Escribo para plasmar mis pensamientos mezclados de todos los ecos que resuenan de lo que he leído. Escribo para tratar de hilvanar con palabras lo que se me presenta como demasiado hermoso o como demasiado insoportable.

La palabra, entre el eco y el decir

Por Mariana Noel

*“Desbautizar el mundo,
sacrificar el nombre de las cosas
para ganar su presencia.
El mundo es un llamado desnudo,
una voz y no un nombre,
una voz con su propio eco a cuestas.”*

De: Roberto Juarroz, Poema 23

La lengua y el habla. El tesoro del significante y el modo particular de decirnos -o de silenciarnos- cada vez que hablamos.

Preguntas, incertidumbres, tiempos en donde también el lenguaje se encuentra cuestionado en el lugar de lo instituido.

¿Cómo hablamos? ¿Qué decimos cuando hablamos? ¿Quién habla en nuestra voz?
¿Cómo quiero llamarme? ¿Cómo sacarme el lazo de la forma en que el otro me nombra?

Preguntas.

Si bien es cierto que las lenguas cambian, estos cambios se producen a través del habla de los propios sujetos hablantes. Una vez más, la dialéctica interminable entre lo singular y lo social: somos únicos e irrepetibles, pero sólo a partir de los otros.

De este modo, la polémica sobre los cambios en el lenguaje remite a la cuestión de los modos en que se despliega un discurso singular dentro de lo instituido.

Pienso en enunciados como “los planetas”, donde el masculino del artículo coexiste con la terminación vocal de la “a” del sustantivo. ¿Podríamos pensar en decir “las planetos”? Tal vez, y los supuestos serían interminables.

Y si también es cierto eso de que el lenguaje es una convención, un acuerdo arbitrario en el que con el correr del tiempo dijimos, sin decirlo: “vamos a decirle perro a este animal de cuatro patas que ladra”, éste fue un acuerdo surgido del uso repetido y particular de esa palabra a través de toda una historia, cristalizado por las muchas voces que lo pronunciaron.

El habla no se impone y si las lenguas cambian, son cambios que se producen a través del uso singular de cada uno de los hablantes.

Se me ocurren pedacitos de escrituras, nombres de tantos que hicieron el intento de problematizar la relación entre lo que es y lo que se dice, ¿o lo que se dice es lo que es?

Me voy lejos -muy lejos- y traigo a mi memoria el Popol Vuh, el libro sagrado de los Mayas, en donde el valor mágico de la palabra hace que lo nombrado empiece a existir. Así, “se dice Tierra y la Tierra existe”.

Focault, un poco más cerca y de otro modo, también problematizó la inextricable relación entre “Las palabras y las cosas” y son innumerables las apariciones de esta cuestión del decir, de la relación entre las palabras y las realidades.

Y ya que estoy de recorrido a través del tiempo, pienso en Shakespeare y en el modo en que problematiza la cuestión del lenguaje a través de su Julieta. Ella, sufriendo la pelea entre familias enemigas portadoras de un nombre que hace obstáculo para el romance con su amado, piensa inocentemente que cambiando sus apellidos el problema se resolvería. Entonces Julieta le dice a Romeo:

“¡Oh Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú Romeo? Niega a tu padre y rehúsa tu nombre; o, si no quieres, júrame tan sólo que me amas, y dejaré yo de ser una Capuleto.”

También hay de los nuestros que hacen aparecer en su escritura el tema de las palabras y las cosas, así, Borges en su poesía escribe:

“Si (...) el nombre es arquetipo de la cosa en las letras de “rosa” está la rosa y todo el Nilo en la palabra “Nilo” ...”

Y Gelman le hace decir a su yo poético:

“me cuesta escribir la palabra amor/ porque el amor es una cosa y la palabra amor es otra cosa/ y sólo el alma sabe dónde las dos se encuentran/ y cuándo/y cómo/”

Difícil la cuestión. ¿Cómo podría resolverse con una imposición el modo en que debemos decir?

Quizás, a través de una reflexión metalingüística compleja y siempre abierta a la pregunta, tendremos que seguir hablando por mucho tiempo más del modo en que hablamos.

Escribo porque escribir me salva. A veces parece no ser yo quien escribe, pero me encuentro en mis palabras y todo me devuelve a mí, escribiendo; y entonces retomo mi rumbo, el de el decir, interpretado o interpretante, resonante o silencioso, pero nunca ajeno ni lejano. Escribo por eso, porque no puedo postergar lo que brota.

Florencia Gómez

Los veo

Los he visto rezongar porque está de moda la poesía; creo que no entienden que lo tenemos para dar es mucho, pero sin embargo es demasiado para una prosa abultada. Hoy el mundo, prefiere retazos, poquito, versos. Hoy se dice más con ese casi nada que se entiende. Hoy no somos Borges, rebuscados y laberínticos. Hoy somos espasmo, el germen de una duda. Somos el estupor que genera lo colectivo; somos el perro que nos sigue sin conocernos y sin importarle hasta dónde vamos.

Somos una toma de nota en medio de la calle, mirando hacia ambos lados aun sabiendo que la mano es una. No podemos ser lo que nos piden, no podemos ser lo que no somos o lo que ya fue. Somos esto, un mundo reaparecido, reinventado. Somos eslóganes, frases hechas, citas mentirosas. Somos lo que nos gusta, lo que nos habita. Somos lo que todavía no pudimos por falta de tiempo. La resaca, lo inconcluso. Incluso somos lo que no decimos, lo que nos lleva y nos limita, porque somos esas palabras que no conocemos, pero que sentimos.

Lo otro que soy

Pienso cosas. Y las pienso con la misma fuerza irrefrenable de una ola. Pienso y pienso, y termino siendo el cauce de un río del que he probado profundidad con ambos pies; río que no detiene su marcha, río que es tan río que se alborota cuando llega al mar. De pronto, también, soy el río que me lleva, que me hunde. Ese río que no ha sabido revelarse y cambiar el curso de las cosas. Un río destinado por sedición propia. Un río aburrido, nacido quien sabe dónde. Un río que se obstruye, pero encuentra salida y se escurre. Un río sumergido, que en

apariencia no crece; un río atravesado por finas hierbas y acantilados, caminos de piedras y monstruos submarinos. Soy ese río que me habita, del que no escapo.

*Escribo porque respiro; porque camino;
y triste, dolorida o exultante, la piel y las manos y el aliento escriben mien-
tras camino. Siempre ha sido así y así moriré, escribiendo.
La calle, el campo, el ruido o el silencio, todos y cada una, todo es texto*

Don Ernesto, dedos de trigo

Por Graciela Callegari

El Opel celeste avanza por el camino abovedado despacio para retener todo el paisaje al paso. La niña, apoyada las manos sobre el respaldo y el mentón sobre las manos, la vista fija en el camino, no pierde palabra del diálogo que desarrollan los dos hombres. El recorrido es un ritual de otoño y de primavera.

El hombre joven había partido temprano en la mañana rumbo a la ciudad; la camioneta colorada había cruzado el cañadón deteniéndose un lapso de tiempo en la tranquera y luego, transformada en una larga nube de polvo había doblado la curva, y la "s", había pasado delante del guardaguanado de La Isla y, por el viejo camino a La Victoria, había alcanzado la ruta y la otra ruta hasta la ciudad. Y el hombre había regresado pasadas las nueve con el hombre mayor y su esposa en el Opel celeste. Los pasos de la visita se repetían como todo ritual.

Todos habían salido al patio de ladrillos para recibir al anciano que avanzaba sostenido en el brazo de su esposa y en el del hijo; la mano temblorosa extendida a manera de saludo ante los gestos casi reverenciales de los hombres, el mensual con el sombrero en la mano, el tractorista vestido de domingo, doña Anita enrollando el delantal con una mano, mientras don Ernesto avanzaba por la vereda lisa de la entrada y las niñas corrían alrededor a cierta distancia para no hacer caer al abuelo. Luego vendría la ceremonia, el viejo en el sillón de paja y mimbre cercano a la ventana, una lima limón o tal vez un gancia con limón, unos ingredientes. Ese día los lugares de la larga mesa de la cocina sufrirían modificaciones. El abuelo ocuparía la cabecera, sentado en la silla de paja y su padre ocuparía su derecha en el banco de madera en

el que se acomodaría el personal de mayor a menor y todas las mujeres se correrían en el banco opuesto para que la abuela ocupase el primer lugar junto a la cabecera. Seguramente habría duraznos en almíbar o ensalada de frutas. Breve siesta y después el momento esperado.

El recorrido del Opel con los dos hombres planificando la siembra y la niña testigo del ritual del anciano y el hijo, ritual de tierra, de siembra y cosecha. Ritual de vida. El Opel se detendrá junto a la aguada para ver de cerca la hacienda, y se comprarán toros y se venderán vaquillonas y las pasturas y el tambo y la feria trotarán por las palabras ante la muda parada de un Héresford en la alambrada

Abrir un molino, cambiar torniquetes o matar la maleza, sembrar “sudan grass” como contrafuego para el verano en la primavera o detenerse junto a la alfalfa del cuadro de las lecheras

Y el Opel irá así despacio deteniéndose para que los hombres hablen o para que el anciano hable y el joven beba cada palabra. Y el momento mágico del ritual es para la niña cuando el hombre inválido crece y al ocupar el centro de atención de ese hijo parece echarse a andar en las palabras y a la niña se le antoja sano y sabio.

Y al llegar a la tierra arada, el hombre joven se bajará y juntando un puñado de tierra rastreada la pondrá en la mano del anciano. La niña se acercará al parante para asomarse y por el hueco que deja la puerta abierta verá de cerca al hombre en cuclillas y al anciano agachado sobre su mano vieja y temblorosa cuyos dedos desmenuzan la tierra. La tierra está buena. ¿Candeal o trigo pan? La tierra se escurre entre los dedos y mientras la toca, la desmenuza. Trigo pan. La tierra cae de las manos del viejo, la puerta se cierra y el hombre joven maneja. A la niña se le antoja que siembra y que cosecha y se ve corriendo hasta la punta a esperar la máquina con la bolsa del mate cocido y ve al hombre joven inclinado sobre el cajón de la sembradora y todo se escurre por las manos del abuelo.

Habrá chocolate y hasta torta y el Opel partirá por el bajo y doblará la curva y la “s” y pasará por el guardaguanado de “La Isla” y se perderá rumbo a la ciudad y ya de noche volverá la camioneta colorada.

La niña dormirá sus sueños de manos y tierra, de ancianos que hablan e hijos que escuchan. Y la tierra se escurrirá de las manos sobre las tumbas del viejo y del hombre joven y sobre otras tumbas y se cargarán cajones de sembradoras y una niña correrá a la punta a esperar la máquina con el mate cocido. Y en algún momento, en el instante en que el grano caiga del sinfín a la tolva y la niña mujer mire el punto en que el sol y el cielo y el vértice del sinfín hacen un ángulo recto con el trigo que cae, entrecerrará los ojos al punto de ver y no ver y se le antojará la mano de Don Ernesto desmenuzando el grano, desgranando la tierra sobre la tolva; y el Opel celeste avanzará lento por el camino con un viejo desgranando saber en pala-

bra y un hombre joven bebiendo palabras de trigo y tierra y la mujer apretará el mentón contra las manos y las manos contra el respaldo y apretará los ojos para ver la tierra en las manos del abuelo, dedos de trigo

Transmutar

Por Milagros Pérez

Observo alrededor
las fisuras de la pared
son también las mías

Las desgarraduras que rasgan el alma
las heridas abiertas que no cierran
y siguen lastimando

Las palabras que no pude pronunciar
que no quise oír...
los gritos convertidos en silencios

El corazón hecho añicos
las lágrimas derramadas en la almohada
los dolores transmutados en poesía.

Cactus:

Me regaló un cactus
a mí que no tengo la más mínima idea de plantas
y dijo: ***"Ponelo al sol"***

Sus palabras, quedaron resonando en mí cabeza
así que inmediatamente busqué un lugar en la casa
un rincón en el que el rayo del sol posará sobre el
y en el que pueda **Florecer** junto a mí.

Que después de tantas tormentas
y a pesar del ambiente hostil
también estoy intentando
Crecer y flore(ser).

Escribo

Es de madrugada y escribo,
Escribo porque estoy triste
Escribo porque estoy sola
Escribo porque me calma
Escribo porque me libera
Escribo porque me aleja
De mí.

Contemplo al perro
dormir plácidamente
pienso que quisiera tener un poco de
la paz que casi sin darse cuenta
logra transmitir

Quisiera tener sus ojos dulces
poder parar las orejas y estar atenta
ante cualquier señal de peligro
quisiera que a mí lado cualquier persona
se sienta protegida (aunque no sea así)

Quisiera evitar que me muerdan
o lastimen otros seres
más quisiera lograr defenderme
que vean como nuestro todos los dientes

ante sus golpes

Quisiera que el rostro de alguien
expresé alegría al verme
que más quisiera que tirarme en el pasto
o en el piso y que una mano suave
acaricié con cuidado mí panza

Quisiera ser menos racional
más dejarme llevar por mis instintos
quisiera ser menos humana
demasiado humana
y más animal.

Empecé a escribir de niño, brevísimos relatos, como parte de un juego.

Me gustaba ver dibujos animados, leer historietas e imaginar personajes raros. Leía esos mundos y quería crear los propios. Entonces, escribía. También cumplía años y me encontraba con autores más complejos que me fascinaban y, al mismo tiempo, desalentaban mi escritura. ¿Qué queda por escribir?, me preguntaba. Entonces, escribía menos (pero escribía) y leía más. Siempre autores canónicos, clásicos, alejado de los coetáneos. Ahora que hago un taller de escritura y leo autores que escriben mientras escribo, me aferro a la idea de que la forma de contar el mundo no se agota. Por eso, escribo.

Voluntarios

Por Leandro de la Cal

Eran fines de julio. María llevaba las manos atrás de los hombros y daba con fuerza en la marca. El tronco agrietado esperaba el último golpe. Ella se preparó para dárselo y dejó caer el hacha cuando escuchó los gritos de su hijo. Junto a él, un desconocido, veinteañero, metro ochenta, de pelo y barba largos. Tenía una guitarra en la espalda y una armónica en el bolso.

—Soy de Bahía Blanca, ¿ustedes?

—De La Plata.

Cada vez que un voluntario iba a llegar, María limpiaba a fondo la casa. Era pequeña y fácil de mantener, aunque la sala de estar parecía de otro lugar; quizá por esa razón descuidaba su mesa gigante, la biblioteca, el banco de barro calentado por la estufa rocket y la cama que no entraba en la habitación.

Juntaba cosas mientras hacían un tour.

—Siempre me avisan con unos días de anticipación —justificaba.

Al final del circuito, lo dejaron en la habitación. Guille desarmó el bolso y usó de placard una cama. De las tres disponibles del lado derecho, eligió la del medio. Enfrente, dormían María y Martín.

Para la cena, ella hirvió arroz y ralló zanahoria. Guille lavó unas papas que condimentó con sal y pesto y metió en el horno a leña. Cuando se sentaron lo sorprendió la cantidad de

agua que Martín tomaba. Por cada bocado daba tres o cuatro sorbos; se levantaba, salía afuera y volvía para seguir comiendo y bebiendo. Se la pasaba meando. La casa y el bosque. La pared, la ventana y los árboles. En todas partes, excepto en una.

—*Deberías hacer en el baño* —le habían dicho, aclarando—: *adentro del inodoro*.

Al terminar la cena María le dijo a Guille que, por ser el primer día, ella lavaría los platos a condición de que tocara la guitarra y cantara. Él improvisó una canción, que tituló *Mañana no zafo*. Rieron. Después entonaron a dúo y sumaron, en alguna ocasión, letras conocidas por Martín. De un momento a otro llevó la guitarra a la habitación y regresó con la armónica, un frasco con flores de marihuana y papel fino.

—¿Fumas? —preguntó.

—No —respondió estirando la mano.

Él soplabla, mientras ella armaba.

Cuando tuvo la boca pastosa, volvió a las cuerdas.

El humo adormeció al nene que se acostó primero. Durante la madrugada salió a mear y tomó agua. Tuvo intenciones de reanimar el fuego, pero en lugar de brasas encontró cenizas.

A la mañana siguiente María prendió la rocket y se abrigaron para salir al bosque. Pasaron dos tranqueras separadas por una calle de tierra. Martín se alejó notablemente de su madre y Guille, que no alcanzó a enumerar los caminos que se abrían. Tampoco llegó a contemplar; para eso, ya habría tiempo. Pero miró y escuchó. Miró los colores, las formas. Se vio pasar como un arroyo por debajo del puente formado por ramas y hojas. Oyó el viento zigzagueando entre las plantas, atravesando ranuras, arremolinando el suelo cubierto por el otoño; también la voz de María que señaló caminos que conducían a frutales, olivares e invernaderos con hortalizas, nativas, aromáticas, medicinales y un banco de semillas.

—Vas a tener tiempo para recorrer todo —le dijo—. A nosotros nos llevó meses.

Cuando llegaron al gallinero, Martín ya estaba alimentando a las ponedoras. Guille tocó un alambrado. Ella lo advirtió; tenía suerte porque su hijo había desconectado la electricidad. Luego, lo instruyó.

—Es una de las pocas cosas que no me gustan de este lugar —dijo mientras la reconectaba para emprender la vuelta—. Pero mientras crecen las barreras naturales no tenemos mucha opción.

Guille asintió sin decir palabra.

Las cortas tardes de frío transcurrían con las visitas de los asociados que realizaban actividades en el bosque y regresaban, sin demoras, al pueblo. Cada tanto se escuchaba la motosierra talando un árbol seco.

Las mañanas y las noches eran heladas. El bosque, sobre todo en la oscuridad, se mantenía como verdad y misterio.

María limpiaba y salía a hachar, cargaba leña en la carretilla y se preocupaba por la escasez de troncos. El sol se ocultaba en las copas. No le llamaba la atención que el único ruido fuera el de su golpe. Una intuición tardía, o la costumbre de una interrupción que faltaba, hizo que repentinamente lagrimeara. Revoleó el hacha rumbo a la casa gritando los nombres de Martín y Guille. Intentó usar el celular, obsoleto por la pésima señal del lugar.

Guille llevaba dos semanas con ellos y María buscaba por los caminos, a paso rápido. Los nombraba con tono de voz alto. Cada diez metros frenaba para girar sobre su propio eje.

Necesitó regresar a la casa. Entró a la habitación, agarró la linterna y vio el bolso de Guille, la guitarra, todas sus cosas desordenadas sobre las camas. No se tranquilizó. No significaba nada. Volvió al bosque decidida a pasar la noche entera buscándolos. Recorrió un camino en vano. Entró a los invernaderos. Escuchó los chasquidos de sus propios pasos. Creyó necesario tocar el alambre. Acercó su índice a la cerca y probó, veloz, como solía comprobar la temperatura de la leche cuando Martín era apenas un bebé. Sintió una leve vibración interna, un recorrido ascendente que la mareó unos instantes. Concluyó que esa descarga difícilmente les haría daño, a menos que se hubieran caído; un accidente, un contacto prolongado... ¿Pero los dos al mismo tiempo? Siguió, tratando evitar la imagen de la vida sin su hijo. Después frenó e inhaló profundamente.

La naturaleza le negaba pistas. Tomaba una curva, bordeaba la galería arbolada, ablandaba la muñeca, hacía foco en el suelo, en lomas y pozos multiplicados, levantaba la luz: el panorama, un oscuro e involuntario laberinto. Se perdía. Con miedo y esperanza pensó en la casa, pero el bosque le impuso otro camino. Avanzó algunos metros sin ningún convencimiento. Se desahogó con un alarido. Tiró la linterna. Se desplomó bajo un árbol y se tapó la cara con las manos.

Decidió regresar para buscar señal en el teléfono. Se levantó, encontró el eclipse entre la lente y las hojas. Alumbró alrededor. No sabía exactamente hacia dónde salir. Ahora no encontraba al hijo, al voluntario, ni el camino conocido. Cuando halló una referencia, lo halló todo: Guille preparaba la cena; Martín meaba la pared del fondo. Ella rompió nuevamente en llanto, salió, le gritó, le pegó unos cachetazos y lo abrazó. Luego, rio. Ellos le contaron el pacto: los miércoles saldrían a recorrer juntos el bosque.

— ¡Avísenme! —reprochó.

Guille se disculpó y anunció un comunicado oficial:

—El perro es el nuevo guía turístico del lugar.

— ¿El perro? —dijo María que se puso en cuclillas para mirar los ojos de su hijo y acariciarle la cara—. El territorio lo tiene bastante marcado.

María sacó pan integral del horno, lo desmoldó y rebanó. Mientras esperaba que enfriara, preparaba mate al estilo de Guille, con jengibre, limón y miel. Cuando tomó el primero, tocó la tibia miga. Abrió un frasco de rosa mosqueta, untó y llevó a la sala de estar. Dejó el plato y la calabaza sobre la mesa sin percibir que su hijo dormía la siesta. Al regresar con el termo buscó un libro de Hesse en la biblioteca y vio la cabeza que sobresalía de las cobijas. Se acercó, lo movió y despertó con voz baja.

— ¿Vos no salías con Guille hoy?

Él demoró la respuesta.

—Hoy es martes —contestó dando un bostezo.

Ella miró un punto fijo.

— ¿Se habrá perdido?

—No, má, yo ya le enseñé un montón.

Le convidó unos panes y se sentó. Cebó e intentó concentrarse en el libro. Recién en la segunda carilla notó que sus ojos iban y venían por los renglones sin leerlos; el mate perdía temperatura. Dio un sorbo, inclinó el termo y releyó sin interesarse. No la tranquilizaron las palabras de su hijo, que respondían, no a su pregunta sino a un juego. Dejó el libro y lo abrigó con instrucciones.

Se separaron a la derecha e izquierda en la ramificación terrenal. Sus gritos se alejaban poco a poco: voces nítidas pasaban a ser, primero, eco, después, silencio. Regresaban al punto de comienzo y caminaban hacia otro vértice. Una nueva bifurcación, las voces perdiéndose, luego acercándose y, entonces, un ruido extraño inmovilizó a María que no distinguía su procedencia. Miró a los costados. Todo repleto y vacío a la vez. Entendió que el ruido la perseguía. Dio un suspiro largo. Mientras giraba, un grito la sobresaltó. Detrás de ella, Martín meaba sin abandonar la búsqueda.

—En los olivares no está —aseguró guardando el pito.

Siguieron juntos por decisión de ella. El nene se adelantaba a pesar de los pedidos de su madre, que explicaba lo conveniente que resultaría detenerse para observar y escuchar bien.

De repente, Guille cayó, de pie, desde arriba de un árbol.

—Soy un monstruo —dijo pausado, con voz grave, estirando las vocales.

Ellos corrieron, separándose, desviándose de los caminos.

Él siguió a Martín. Lo alcanzó y tiró al piso.

—Soy un monstruo y te voy a comer.

María enseguida estuvo encima, descubriendo cosquillas y risas. Mientras se incorporaban, insultó a Guille y le pidió que nunca más le jugara esa broma. Él contó que en su infancia trepaba y pasaba tardes enteras entre los pájaros y sus nidos.

Al día siguiente, solos en el bosque, Guille dejó que Martín se adelantara para perderse en otra copa. El nene lo buscó de un lado a otro. Gritó su nombre ante la infinitud verde. Guille se reía, agazapado. Se tiró cuando lo tuvo cerca.

—Soy un monstruo y te voy a comer —dijo abrazándolo.

Martín se reía. Parecía que iba a mearse encima cuando escuchó los lejanos gritos de su madre: pedía ayuda, nombrándolos. Se levantaron inmediatamente y corrieron sin alejarse el uno del otro. La voz de María insistió sólo una vez más. Avanzaron con la ilusión de otra llamada. Guille se adelantó cerca de la primera tranquera. Se detuvo en la calle. Vio una camioneta alejándose tras la polvareda. Intentó calcular la distancia recorrida por el vehículo en relación al tiempo de silencio. Martín frenó al alcanzarlo. Lo miró con ojos llorosos. Al pasar la segunda tranquera vieron a un costado un montón de troncos.

—Tenemos que llevar toda esta leña al fondo —dijo ella saliendo de la casa.

No entendió por qué la abrazaron después de darles tanto trabajo.

Sobre la mesa, los platos, sucios y vacíos.

—Por eso nos vinimos de La Plata —concluyó María.

Martín se tiraba sobre su madre, se sentaba sobre la falda y llevaba sus manos hacia la boca de ella, que lo apartaba.

—Claro —asintió Guille necesitando decir algo más—: este lugar es ideal para ustedes. Gigante, alternativo, sin prensa.

Lo escuchó forcejeando con su hijo y respondió:

—No es tan lejos, pero está bien escondido.

—Casi no existe.

—¿Vamos a dormir? —sugirió Martín.

—Es temprano —respondió María—. No molestes.

—Tomá —Guille le alcanzó un vaso de agua—. ¡Fondo blanco!

Hubo una sonrisa cómplice.

—Salió al padre con el temita de los celos.

—Es un chico.

Martín volvió y la sacudió con vehemencia. Ella le dijo que si tenía sueño podía ir solo, que en un rato lo acompañaba. Él salió afuera.

—Más que voluntarios somos permanentes.

Un chorro transparente bañaba el vidrio de la cocina. María, de espaldas, lo advirtió en la carcajada de Guille. Salió. Sin esperar que se subiera los pantalones lo empujó hasta la cama, haciéndolo tropezar varias veces. Después regresó para continuar la conversación.

—No le festejes la meada.

Guille le pidió perdón.

—Lo peor de todo es que ahora también mea la cama.

Martín no tardó en salir a insistir.

Harta, cedió. Se metió vestida a la cama y le contó una historia. Él, desvelado, pidió otra. La comentó en desacuerdo con las acciones del personaje porque tenía mejores opciones.

Se quedaron en silencio, hasta que, finalmente, se durmió.

Durante la noche, buscó a su madre con el tacto. La llamó con la voz entredormida. Después se levantó y prendió la luz. Guille tampoco estaba.

Vio abierto y oscuro el baño. Salió con la linterna. Le dio una vuelta completa a la casa, aumentando el tono de voz. Llegó a la tranquera y pensó en cruzar, pero se detuvo. La noche agrandaba la inmensidad del bosque. Mientras lo observaba, Martín proyectaba la ruta y el mundo entero detrás de la sombra verde. De algún modo, también detrás de todo estaba él, contra sus propios miedos, buscando a su madre en medio de la noche invernal y recordando los moretones que ella tenía la vez que huyeron haciendo dedo con lo puesto.

Hizo pasos de espaldas, giró, apagó la linterna y entró. Distinguió el olor a porro. Escuchó ruidos. Se dirigió a la sala de estar. Llegó hasta la puerta. Abrió, despacio. Hizo un par de pasos, vio la cama y regresó a la suya. Gritó mamá. Una y otra vez.

Cinco minutos después ella lo retaba.

Se acostaron espalda con espalda. Ni bien la escuchó roncar, Martín se dio vuelta y la meó.

El primer miércoles de septiembre seguía siendo invierno, aunque el bosque mostraba una incipiente negación. Algunos caminos ya se angostaban; pronto serían intransitables.

Martín desafió a Guille a ver quién tomaba más rápido un vaso de agua.

— ¿Listo para salir? —dijo triunfal el perro, mientras se secaba la boca con el puño.

— ¿Vos estás listo? —sonrió Guille.

Martín se mordió el labio inferior.

—Hoy vamos lejos, ¿de acuerdo?

Estimaban que el sol les daría el tiempo suficiente. Eligieron un camino que, a principios de agosto, habían recorrido hasta que la oscuridad obligó la vuelta. Al pasar el límite de lo conocido, Guille vio todo pantanoso:

— ¿Seguimos? —preguntó.

Martín sabía por dónde pasar. Conocía el rodeo que superaba lo aparentemente impenetrable. Le explicó el circuito y le aseguró que valía la pena el esfuerzo, que el lugar era increíble, que las plantas generaban un ambiente asombroso y que hasta el clima y el aire cambiaban notoriamente.

—En el verano no sabés si venir acá o ir a la playa —afirmaba.

Guille quería enviar un audio a la secretaría de turismo para que contrataran a Martín, porque generaba expectativas altas recurriendo a la exageración.

Cuando llegaron, no notó las diferencias.

Martín, calló. Ni siquiera le preguntó si le gustaba. Se adelantó sobre una barrera natural que pronto impediría el paso de los animales; la planta crecía sostenida a lo ancho por unas cañas que flotaban, atadas con un alambre inofensivo que tenía inmediatamente detrás una cerca electrificada.

—*No hagas pis sobre una cerca* —le habían dicho—. *Porque el pitito no te va a servir más.*

Se bajó los pantalones hasta los tobillos.

—No puedo hacer —dijo varias veces—. Guille, ¿podés hacer conmigo?

Se puso a la par. Martín sintió la orina a punto de escapar cuando miró de reojo un chorro amarillento que atravesaba las hojas verdes.

Después eligió un eucalipto y corrió a la casa.

— ¿Dónde andabas? —lo interceptó María con la carretilla llena de leña— ¿Y Guille?

—En el bosque —respondió las dos preguntas y fue a la habitación.

Martín vio a través de la ventana cómo el sol se escondía tras los árboles y ocultaba el bosque. Cuando su madre intentó atravesar la tranquera con la linterna, le gritó para que volviera. Dos veces tuvo éxito. A la tercera, María siguió.

Se quedó en la ventana hasta que la luz de la linterna desapareció. Se sentó en la cama de Guille. Vio un porro a medio terminar y se lo llevó a la boca sin prenderlo. Tosió, pero lo dejó entre sus labios. Después tomó la guitarra y tocó solamente con la mano derecha.

Escrito en rectángulos de papel.

Lo imagino sentado en un rincón con poca luz, recortando prolijamente la hoja de cuaderno en 4 perfectos e iguales rectángulos, con las puntas mochadas por un tijeretazo, con un birome de capuchón retráctil color verde, escribiendo con una perfecta letra cursiva palabras que resuenan en mis oídos por leídas y no por dichas y escuchadas.

La escena transcurrió en secreto, fue parte de un tiempo en el que el derrumbe anímico, el distanciamiento emotivo, se inscribía en su mirada sin que lo pudiéramos advertir.

Muchos años después pude comprender un poco de aquellos días y aquellas horas.

Vuelvo a los papeles, es decir a las palabras escritas.

Después que paso todo, leí en cada uno de esos rectángulos las palabras que serían su despedida. No aquellas que dijo el último día y la última noche sino las que escribió meditadas y amorosas.

Una sola vez las pude leer.

Escribo, siempre, por necesidad de mi estudio, de mi profesión, de mi trabajo, lo hice cada vez que necesite plantar un argumento, lo hago en estos tiempos para darle materia a la imaginación.

Puede ser que escriba para hablar en silencio, para no suscitar resonancias, para quedarme un poco en un rincón de sombras.

Entonces, no sé muy bien porque escribo.

Tal vez escriba para salirme de los propios fantasmas.

O quizás escriba simplemente porque es el mejor modo que encontré de llevarlo conmigo.

Cuatro mujeres

Por Julio Zabaljáuregui

Fue en un pueblo con mar. Abril traía las últimas brisas tibias dejadas por el verano. El sol tardaba en anunciarse luego de una alborada que tiñó de rojo plateado la cresta de las olas. Para esa época asoma sobre el continente y, si por esas cosas de los vientos, la noche se demora un poco recostada sobre las nubes del sur, la playa es un gran escenario de contrastes, una inmensa paleta de colores. También se puede ver como se disipan las últimas brumas de la

madrugada que se van corriendo hacia el este, desapareciendo en el horizonte como si fueran brujas sorprendidas en los últimos instantes de su aquelarre marino.

Hay momentos en que los rayos solares imponen una hegemonía de colores ocres y brillantes, limpio el cielo, la playa se va poblando de aves marinas, se recorta definida y contundente poniendo límite al incesante empuje de las olas que mansas o agresivas persisten en la tarea de talar el continente.

Un grupo de hombres inician las rutinas que en menos de una hora los llevará a convertirse en habitantes del mar. Singular condición. Buenas porciones de humanidad en toda la historia realizan el recorrido inverso de la vida, van desde el continente para habitar en el mar.

Rutinas de pescadores artesanales, van con sus lanchas transportadas sobre una especie de angarillas sobre ruedas tiradas por tractores que en las semi penumbras del alba parecen caparazones de insectos gigantes que emiten un ronquido entrecortado. Avanzan por la única calle que lleva francamente a la playa, se detienen al borde de la lengua de agua, realizan los últimos preparativos, revisan una vez más los aparejos, las herramientas de trabajo, viandas y bebidas para la larga jornada que los espera, capotes, botas de goma, acomodan finalmente las redes, ordenan los cajones que, de tener un mar generoso, volverán llenos de pescadillas, algunas corvinas, cazones, pejerreyes de mar, preciosos caracoles algunas pocas veces.

Cuando todo está como debe ser, el tractor realiza una maniobra en semicírculo, lo que lo coloca de “culata” al mar y marchando en retroceso va hundiendo en las aguas las angarillas primero y la lancha después, que casi de inmediato, con precisas maniobras comienza a sostenerse, liberada de todo, sobre la cresta de la rompiente.

La pesca artesanal no requiere de grandes lanchas, y su tripulación en general se compone de un capitán y peón de pesca y, a lo sumo, uno o dos ayudantes más.

La lancha Libertad salió con dos tripulantes, Capitán y peón de pesca. Temprano, apenas iluminados por la cresta del sol, pusieron rumbo al sur. Federico y Walter partieron dejando tras de sí una estela que la serena rompiente mañanera se encargó de borrar enseguida.

10 de abril de 2013, un día como tantos. A media mañana estaba subiendo la última curva que desemboca en una larga recta que al final, y luego de atravesar un pórtico con reminiscencias de castillo medieval, se hace diagonal que lleva directamente a chocarse con una cadena de médanos sostenida artificialmente por una trama de tamariscos que parece que

hubieran estado allí desde toda la vida. Un giro a la derecha sobre una avenida de tierra y, recostada sobre un telón de arena y plantas, aparece con su transparencia blanca la Escuela.

El día se proponía sereno y soleado, agradable, poblado de pájaros, con el constante romper de las olas de un mar que empezaba pocos metros más allá, como si intentara esconder su cuerpo gigante.

Nunca son rutinarios los días en las Escuelas. Cambiantes, intensos, dinámicos, se borran los ritmos precisos de todos los relojes haciendo las labores de la escuela. Habitar la escuela es como habitar un escenario de personajes diversos que actúan con libretos que se improvisan minuto a minuto. El resultado de esa puesta nunca es el mismo, ni tampoco los comienzos ni los finales de la obra. Solo ocurren.

A veces, solo a veces, sucede algo que modifica el todo. Puede ser visible y concreto o puede ser una percepción que estremece, que nos pone en alerta, es como si en el borde de cristal de una copa se insinuara de golpe el filamento de un quiebre.

En un recreo corrió el rumor, por debajo y silencioso, como algo que se dice a medias temiendo que las palabras se conviertan en certezas.

Con el sol volcado al occidente, recorriendo el último tramo de una tarde luminosa, cuando la sombra de los árboles se hace extendida y parece flechas oscuras que apuntan al oriente vimos desfilar a los primeros. Venían en grupos, mujeres y hombres de todas las edades, caminaban en silencio y hacia el mar. Parecían figuras surgidas de una pintura de Cándido López, sus contornos se reconocían, pero sus rostros se fundían en uno solo, impreciso y borroso.

Acomodé las últimas cosas, cerré el mueble de trabajo, llevé mis cosas al auto y me preparé para saludar al fin de la jornada.

17:30 un horario que fijaba una rutina escolar singular y pintoresca, en ese patio rodeado de médanos, a veces borrosos de bruma, nos despedíamos. Por más que el mediodía sea cálido cuando el sol se corre de la bandeja celeste del cielo la temperatura baja de golpe y el frío del otoño se empieza a sentir.

-Dire... ¿no se sabe nada? dicen que salían a la una....

Quien no sabe es como quien no ve. Va a tuntas, el territorio del desconocimiento siempre es pantanoso y obliga a la prudencia. Quizás por ello fui parco, escasas palabras que pretendían nublar un presentimiento.

- Seguramente mañana tendremos buenas noticias.

Mientras, por las calles laterales corría esa entrecortada marea humana marchando como si el mar ejerciera un mágico hipnotismo.

Camine también hacia el mar entremezclado con la gente. Solo subir unos metros hacia la cresta del médano, un suave descenso, luego la playa y después el mar.

Aquí y allá la gente, un pueblo entero en ese espacio de arena que visita el agua en la alta marea, personas y más personas seguían como en camino de hormigas sumando a aquella muchedumbre que parecía querer meterse mar adentro, pero seguía soldada a la orilla con la vista clavada en algún punto fijo del mar.

Grandiosa y conmovedora escena, conjugación de angustia y esperanza, la voluntad de penetrar con los ojos un misterio escondido varias millas mar adentro. Cada cual convocando a sus secretos dioses esperando una respuesta cierta.

La noche fue dueña de la playa que se llenó de cientos de luciérnagas con luces sin intermitencias, algunas que van y que vienen.

La bruma helada se extendió como manto haciendo aún más borrosas las personas, no quebró ni por un momento la persistente presencia, la secreta interpelación, la férrea voluntad de la esperanza.

Se confunde quien crea que el mar está quieto. Nunca es igual, aunque parezca el mismo. Es como una gigantesca criatura, puede parecer dormido, arrullado por una brisa que peina las olas o transformarse en una feroz criatura embravecida que se levanta sobre sus patas de agua y suelta sus flechas de agua y sal.

Puede parecer un manso e inmenso monstruo azul o verde, o una agitada caldera sacudida por el viento.

Puede permanecer tan quieto dejando que la luna refleje en sus aguas, flotando en su cordón de plata o romperse en millones de espejos negros cuando la sudestada lo sacude y lo obliga a sus vómitos de arena.

Puede romper una tranquila tarde de otoño para lacerar la piel de unas gentes que esperan de él la vida misma e incluso resultar engañoso en la mansedumbre de la orilla y también indomable cuando las honduras y las tormentas le sacuden sus entrañas.

La madrugada fue acompañada con nuevas presencias, llegaron por el mar y por la ruta, hombres y lanchas que se lanzaron a buscar en aquella geografía imprecisa y con coordenadas hijas de la experiencia más que de la técnica.

Un amplio operativo con la participación de guardacostas, un helicóptero, un avión, buzos tácticos y camiones de logística.

Los fuertes vientos del sur oeste despertaron los potros tordillos de las olas, las lanchas fueron una y otra vez atravesando la agitada rompiente.

Cada retorno venia cargado con silencios. El mar no daba respuestas. Ni barca, ni restos, ni presencia de algo que ameritara una esperanza. Para las primeras horas de la tarde la tormenta pudo más que la fuerza de los hombres y los motores y la búsqueda quedó suspendida.

Varios días después baje de nuevo a la playa. La tarde lucia espléndida. La inmensidad de arena y mar dejaba ver a lo lejos cuatro mujeres. Permanecían erguidas y quietas. Las imágenes en un diálogo inaudible con el mar, reprochando ese amor que ha sido más fuerte que el de ellas.

Para algunos el mar es como una dama a la cual se seduce eternamente intentando enamorarla de la misma manera en que ellos fueron enamorados.

Cuatro poemas incluidos en *La vida prima*:

Por Silvia Pailhé

Durar y perdurar

Lábil

como una bacteria primitiva en medio del océano

pudiendo yo morir en este instante

lábil

albergo la ilusión de perdurar en otros de mi especie

o con mi alma errante

lábil

o con mi suerte de fósil

lábil

transitar sucesivas las eras de la Tierra.

Comunicación

La comunicación entre procariontes

Una bacteria A conecta su pilus a una bacteria B

y comparte así su más íntimo secreto de supervivencia.

Aunque parezca cosa de dos

podría verse como el más antiguo acto de amor colectivo.

Amén

De una célula se hicieron dos.

De dos cuatro. De cuatro dieciséis.

Y fue así en lo sucesivo.

Hasta que un día apareció el colágeno
a pegotearlo todo. De esos mazacotes
descendemos. Y andamos mazacotes.

Y seremos mazacotes por los siglos de los siglos.

Peaje

Se escribe en soledad

por eso yo Meganeura

puedo hacerlo detrás de esta vitrina

como una aceptación de ser solo.

Escribo en tiempos robados

a mi función de fósil,

al cumplimiento de mi deber

como pieza de museo.

Que ni a un muerto este globo deja de exigir.

Que aún después de la muerte

la Tierra se cobra el peaje.

¿Por qué escribo? (Escribo porque escribo)

Por Natalia Balul

¿Qué podría decir sobre la escritura si desde que tengo uso de razón que escribo?

Me pregunté recién cuando me invitaron a escribir en la 33 sobre el porqué,

el para qué,

el cómo y el patatín patatán escribo.

Y aquí sentada frente a esta hoja en blanco, que poco a poco se comienza a llenar cuando mis dedos cual ritual sagrado comienzan a bailar entre las oscuras teclas, acariciando algunas y azotando otras.

Es aquí que me pregunto ¿cuál fue ese día que me sentí lista para usar esa razón?

(¿o para abusar de ella?)

Tal vez, quisiera que las sensaciones se apoderaran un poco más de mí.

y mi modo **homo sapiens** pase a ser un poco más **homo sentiens**...

Qué se yo,

dicen que Deleuze dijo una vez que el hacer filosofía era crear conceptos.

Lejos está de mi armar un sistema filosófico en estas pocas palabras.

y cerca está de mi pensar en esto del escribir.

Creo,

que quien escribe ama las letras,

ama decir algo,

ama los silencios,

y también ama esa sensación de angustia que generan las hojas en blanco y esa satisfacción al poder lanzar una tras otras un cúmulo de letras que al juntarlas van cobrando sentido.

Apuesto a que si en este ejercicio de pensar ¿cuándo? ¿cómo? y ¿por qué escriben? tuvieran que redactarlo, usarían las mismas letras que yo en este momento, pero,

lógicamente,

con otro orden y con otra claridad.

Usarían letras, que al juntarlas podrían expresar eso que tienen en la cabeza,

en el corazón,
en el alma,
en el estómago,
o vaya a saber dónde se alojan las letras.

Desde que tengo uso de razón tengo letras.

Muchas veces las miro, las recorro, las desarmo,
las uno de una forma, de otra,
juego con ellas,
y hasta incluso les tomo el pelo...
Y con eso tengo bastante para entretenerme ya que nunca me alcanzan
y yo a ellas tampoco que de seguro también se me cagan de risa en la cara,
sobre todo, cuando las quiero usar para decir algo SERIO...
¡¡¡Como si sirvieran para esto!!!

Al escribir me esclavizo a las palabras,
(al hablar también)
y es ahí donde se me vuelven a cagar de risa...
y desde que tengo uso de razón,
así convivimos...

Tal vez, no quiera más tener ese uso de razón,
tal vez ya es hora de usarlas a mi favor y no con razón
o para tener razón.
Hace años que escribo y hablo y creo que las palabras no alcanzan, nunca me alcanzan...

Pero hoy, me pidieron que diga que es para mí la escritura,
por qué lo hago y para qué...

Tal vez solo sea para esto...
para ver cómo se me matan de risa en la cara...
y no me queda otra que cagarme de risa con ellas,
sonriendo y dándome la mano con el bigotudo alemán que afirmaba que el hombre es el único
animal que ríe...

¡E invitarlos a que hagan lo mismo, ya que otra no queda...!!
y que me sigan,
en cocaybonjour filosofía urbana por facebook e instagram.
No sé para qué ni porqué...
Pero tal vez, a veces, esté bueno no tener razón....
(ya que esos que siempre tienen la razón, o quieren tenerla....
me aburren!!!!)

¿Por qué escribo?

(Escribo porque escribo)

Destruir para construir

Por Stella Gil

Muchas obras públicas se han perdido en la patria de los argentinos y otras, por suerte, se han revalorizado en consonancia con los requerimientos de la modernidad.

El ferrocarril, por ejemplo, ¿qué pasa con él, sin ir más lejos, en esta región y en el país?

Tres Arroyos recibió el riel en 1886, dos años de su fundación, y a partir de allí se sumó a toda la red de acero que recorría gran parte del país. Los frutos de nuestra tierra partían en los trenes de carga hacia los puertos marítimos y desde allí se extendían al mundo.

Los trenes de pasajeros, por su lado, fueron el medio más utilizado por los viajeros durante varias décadas. En ellos llegaron criollos en busca de buenas tierras e inmigrantes “llamados” por sus parientes ya aquerenciados, o en completa soledad.

Todo venía o salía por el tren. Su arrollador ruido lo anunciaba en la distancia y el silbato del guarda determinaba su llegada cuando las señales bajaban como para saludarlo y se detenía junto al andén.

El tren cruzaba los campos, aullando airoso con su carga humana o la hacienda y el cereal. En las poblaciones era punto de reunión, de encuentros. No solo fue un medio de trabajo, sino de vida.

Los diarios, las revistas, las encomiendas, los encargues, las cosas más insólitas viajaban en los coches anexados al de pasajeros.

El andén era una fiesta, ruidos, corridas, abrazos, valijas, niños que quieren desprenderse de las manos de sus madres, el guarda constituido en el personaje central del acontecimiento, trajeado con su uniforme gris, y la repetición de las rutinas de los trabajadores ferroviarios.

El barrio de alrededor de la estación fue creciendo al conjuro de los trenes, los hoteles, los bares, los diversos negocios, las casas de familia, algunas todavía centenarias, los árboles, las construcciones inglesas del Ferrocarril Sud.

Perdimos los trenes.

Las políticas económicas erróneas, sin visión de futuro, atrapadas por el auge de los camiones y el gas oil, y las nuevas rutas, y las imposiciones de las multinacionales, decretaron el cese de una actividad que supo ser intensa y rica. Cuando en otros países es el medio indiscutible de transportes, nosotros dijimos que no y en forma paulatina se fueron cerrando ramales.

En nuestra región fue el caso del Ramal de la Costa cuyo cierre perjudicó la vida de los pueblos que nacieron alrededor de sus estaciones, los que, por suerte, por el esfuerzo y el amor al terruño de sus habitantes, pudieron superar esa pérdida.

Posteriormente el Ferrocarril Roca fue restringiendo sus horarios hasta su supresión definitiva. El último tren en Tres Arroyos corrió el 1º de noviembre de 1989, 103 años después del primero.

Creo que hay futuro para un nuevo apogeo de este medio de transporte, lo indican diversas inauguraciones en lugares de la República, que permiten prever que el ferrocarril va a poder volver a brindar servicios indispensables, no provistos por ningún otro medio de transporte terrestre. Es necesario una política nacional, con un planeamiento integrador que genere el uso indispensable de este medio, ahora semi destruido, con vías muertas, estaciones con otros destinos, galpones abandonados, puentes en mal estado. Por suerte, actualmente, hay proyectos estatales y privados con la participación de las provincias.

¿Por qué no poner manos a la obra? ¿Por qué no entender la importancia ineludible del uso del ferrocarril? ¿Por qué no aprendemos del pasado? ¿Por qué destruimos los que otros hicieron? ¿Por qué no miramos para adelante?

Es imprescindible que se concrete su renacimiento.

1. Tenemos que superar *el destruir sin construir*.

Alternativas

Por Alcira Lembi

Es que no me decido
Por una alternativa
Si matar o morir
Ser la reina o el zángano.
Si contar hasta diez
Y esperar que se embrome el que no se escondió
O dejar que me griten
Piedra libre.
Si bajar hasta el fondo
Y quedarme
Para siempre
Total
Al final es más cómodo
Tan sin nada
Ya está todo resuelto, y sanseacabó.
O
Tal vez
Podría ser
Qué sé yo
Empezar a subir
Despacito
Como sin darme cuenta

Alcanzar el nivel

Alfa, beta, omega,

Y encontrarme por fin

Boca a boca

Con el mundo de afuera.

Nicolás y el sombrero

(un cuento que no es verso)

Por Ricardo Listorti

Una tarde del mes de febrero,
Nicolás el granjero salió a buscar aquel viejo sombrero
que el viento travieso le había robado.
Abrió la tranquera del campo soleado
y miró a lo lejos con ojos abiertos:
No encontró sombrero ni rastro de viento
ni una sola huella en el descampado...
Se quedó serio, pensativo un rato
y caminó ligero con pasos muy largos.

Llegó a una ciudad con casas muy bajas,
largas veredas, algunas terrazas
y una enorme plaza con árboles altos, y con muchos bancos.
Preguntó al placero:

- ¿Vio a mi sombrero?

Y el placero dijo:

- No lo vi. ¡Lo juro!

Y Nico salta que salta, igual que un canguro,
partió de la plaza con lógico apuro.

Al ratito estaba en un pueblo pequeño.
Entró en un negocio y lo atendió el dueño:

- ¿Qué busca, señor?

Y Nico le dijo con tono severo:

- Caballero, yo busco un sombrero.
- ¿De qué color? – Preguntó el señor al granjero.
- Azul, con rayitas y alas muy duras.
- No tengo sombreros con esa figura.

Y Nico volvió a su tono severo:

- No entendió, caballero,

¡yo no vengo a comprar un sombrero!

- ¿Y a qué viene, señor, ¡por favor!?
- A que me informe, si no es muy molesto,

si el viento pasó por aquí con mi sombrero puesto.

El dueño, nervioso, de brazos cruzados,
lo miró a Nico, a quien ya le corrían

dos lagrimones por ambos costados de su cara ancha color pan rallado,
y lo vio tan triste y tan preocupado
que ofreció su ayuda para ir a buscarlo...
Y en un camioncito color mermelada
partieron los dos con mucha esperanza.
Cruzaron caminos, puentes, callejuelas,
el viento no estaba ni siquiera afuera.

Pero sucedió un imprevisto, algo maravilloso, súper grandioso,
algo nunca visto en toda la historia del mundo del cuento:
Al tomar la curva, entre altas montañas,
nuestro amigo, el viento, muy suelto de cuerpo,
agitaba ráfagas de aireado coraje
y les hacía dedo para seguir su viaje...
Entonces, al ver al viento, y en él, al sombrero,
el que manejaba subió al pasajero.
Y Nico feliz, muy ilusionado,
le pidió al viento el sombrero prestado...

Y aquí se termina el cuento del viento,
de Nico, el granjero, y el viejo sombrero.
Aquí se termina ¡por suerte es así!
Y todos felices piensan que es hermoso
ser los personajes de un cuento famoso
que un señor que escribe en este momento
inventó una tarde de violento viento:
O sea, una tarde del mes de febrero
en que Nico, el granjero, perdió aquel viejo sombrero por culpa del viento,
que volvió a su cabeza al final del cuento.

Soy Valentina Pereyra, ex docente y directora del nivel primario del Colegio Holandés, recibida en el ISFDyT N° 33 de Tres Arroyos.

Empecé a escribir para mis alumnos de primer grado, luego para los discursos escolares y los guiones de obras que se representaban en las veladas de fin de año.

Una vez jubilada me desempeñé como redactora de noticias políticas y sociales en el diario La Voz del Pueblo de Tres Arroyos. Por esta labor recibió dos menciones de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) en el año 2019 y 2021.

Actualmente formo parte del Taller de Escritura Creativa coordinado por la profesora Sandra Staniscia. En este contexto escribí un cuento para el concurso Expedientes en Letras del Museo Mulazzí de Tres Arroyos por el que recibí una mención especial y la publicación de Salir de Pobre. Participé del Concurso de cuentos de la Fundación Banco Provincia obteniendo una mención por el cuento La Cruz.

Escribo porque quiero contar historias.

Mensaje

Por Valentina Pereyra

Me alcanzó por la zona de la Escuela 13, no lo vi llegar, pensé que lo había perdido, pero no, estaba cerca. Me olfateó como un sabueso y me encontró. No pude mirarlo a la cara, pero vi su sombra y el estallido. Se acercó, apoyó la escopeta sobre la punta de la zapatilla. Algo me dijo, no estoy segura qué. Después, vino otro resplandor, un golpe seco.

Los chicos vinieron a esta escuela, los traje de la mano toda la primaria; enfrente hay un basural, yo sabía, ahí me podía esconder. Lo primero que se me ocurrió fue arrancar para ese lado. Crucé por la avenida de las palmeras y corrí hacia el puente. Varias veces giré la cabeza para ver si venía. A esa hora no anda nadie por acá, ni las ánimas de los cementerios. Y eso que en la zona hay tres. Al de los muertos daneses llevamos a Ruth, mi amiga de la infancia, nadie investigó, no descansa en paz. Al de los judíos llevaron a la dueña del conventillo de mi barrio, la enterraron en un rincón con las de mala vida, ni con las mujeres la pusieron.

Me refugié a la sombra de los paredones inmensos por los que asoman los enormes nichos coloniales. Pensé que era buena idea alejarme de la calle, si seguía por el medio de la avenida me iba ver fácil. Avancé agachada, pasé por el cementerio danés y por el judío, llegué al puente y cuando lo crucé, volví a la calle y corrí.

El camino es ancho, unos metros más adelante hay una bifurcación. Me metí por la derecha y salté el alambrado. Atravesé el campo; por el olor nauseabundo supe que estaba cerca del basural clandestino, uno que usan los quinteros y los vivos para tirar la mugre de sus casas, televisores viejos o mascotas muertas. Ahí hay de todo. En la sombra distinguí cochecitos de bebés, hierros retorcidos. Pensé en mis chicos. Javier es mozo, le gusta charlar con la gente como a mí, pero se fue de casa hace rato, no aguantó, prefirió no enfrentarlo. Magalí, no. Se le paró de manos varias veces, pero la ligó feo, como yo. Se le puso que le meto los cuernos, no sé de dónde sacó esa pavada.

Seguí corriendo hasta que la punta de un fierro oxidado me atravesó la pantorrilla; sentí el tirón y paré. No veía la herida, pero sí notaba cómo el calor de la sangre me iba cubriendo la pierna. Agarré con las dos manos el fierro y tiré hacia afuera. El dolor me torció la boca. Me saqué las botas y con la media hice un torniquete. Como pude, seguí. Enfilé para el lado del alambrado y me metí en el camino de tierra, el de la escuela, el que va para el lado de Lin Callel. Me apoyé en un tronco, no había luna, todo era negro. Si me hubiera traído el celular podría iluminarme, pero no hubo tiempo...

Esperé un rato, recé, le pedí a la virgencita que no hubiera visto el último mensaje de Eduardo. Iba a entender cualquiera si lo leía. ¿Y si lo vio? Rengueé hasta las ruinas de la estancia abandonada, pasé por debajo del alambre, me enganché el pulóver con las espinas del maracuyá enroscado en el hilo de arriba. Tironeé y caí de cara al suelo. Seguí hasta la torre del molino, me apoyé, descansé, toqué la herida que chorreaba sangre, pero menos, la media estaba empapada. Ni una gota de luz había en el campo. En cuatro patas, me arrastré cine metros hasta la construcción; las manos se me llenaron de espinas. Cuando estuve ya en la casa, entré por el agujero de lo que fue una ventana, me apoyé en una pared y respiré hondo. Recé de nuevo. ¡Qué no haya leído el mensaje de Eduardo! ¡Qué no haya leído el mensaje de Eduardo! ¿Dónde dejé el celular, dónde estaba cuando empezó a gritarme? No va a dar la vuelta, está muy loco, hace rato que está muy loco. Por eso, no pensé, abrí la puerta y salí corriendo para el lado del arroyo, salí. Me iba a esconder entre los pajonales hasta que llegara la luz del día.

Me alcanzó cerca de la Escuela 13, pensé que lo había perdido, pero no, me olfateó como un sabueso y me encontró. Vi su sombra y el estallido.

-¡Morite guacha! –me dijo. Disparó y después se rajó un tiro.

Siento frío, amanece, pero no veo nada.

La lectura del mundo precede a la lectura de la palabra

Paulo Freire

Humildemente a cien años de su nacimiento

Pedagogía de la mañana

(En humilde y sincero homenaje a Paulo Freire)

¿Es un llanto? ¿Un gemido?

¡Un niño! ¡Paulo! ¡Ha nacido!

¿Y qué trae bajo el brazo?

¿Es pregunta? ¡Es un signo!

¡El niño Paulo ha nacido!

Cien preguntas ha traído,

Con conciencia, como abrigo,

De los brazos campesinos.

Cien palabras, brotes dignos

Que genera en el camino.

¿Dónde habita la esperanza?

¿Cómo muere la injusticia?

¡Qué pregunta! ¿No es un signo?

Es anuncio de destino

Que macera en el exilio.

¡Grito manso, colectivo!

Rosana Greco

2021

“Es necesario desarrollar una pedagogía de la pregunta. Siempre estamos escuchando una pedagogía de la respuesta. Los profesores contestan a preguntas que los alumnos no han hecho” - Paulo Freire

No digas nada, solo pregunta.
 Pregúntale a tu corazón cuando se acelera.
 Pregúntale al viento cuanto te trae aromas desconocidos.
 Pregúntale a la mañana el porqué de este rocío.
 Pregúntale a tu sombra que siente de seguirte.
 Pregúntale a tus manos como duele la espina.
 Pregúntale a la noche si ella también espera el día.
 Pregúntale a tu hermano que lo haría feliz
 y sobre todo no dejes de preguntarte
 todo lo que te asombra y te interpela.

Y cuando te preguntes, siéntete sabio...
 estás aprendiendo.

Graciela Callegari – 2021

“Alfabetizarse no es aprender a repetir palabras, sino a decir su
 palabra” Paulo Freire

Escribiste un mundo dando los primeros pasos
 Escribiste los sonidos, los perfumes, la suavidad y la aspereza
 Y una palabra trajo otras palabras
 Y tu mundo escrito en palabras dichas, necesitó dejar huellas
 Necesitó decir para los que vendrán y han sido
 Y entonces descubriste la huella de la letra
 Y te adentraste en descubrir sus modos
 Y otra vez una palabra trajo más palabras
 Y se abarrotaron en textos y más textos
 y descubriste el largo discurso de las historias, de las miradas, de las pasiones
 y quisiste ser parte
 Y nació tu voz dicha, escrita, gritada, susurrada,
 tuya y única ... y dejaste huella.

Graciela Callegari- 2021

Porque escribir consuela y mantiene el diálogo latente, ellos escribieron a Sandra y a su San Mayol

Este viernes, los estudiantes de Economía Social del Instituto Superior de Formación Docente y Técnica N°33 compartieron un emotivo mensaje de despedida a su compañera Sandra Salvatierra (La Voz del Pueblo, 1 de octubre de 2021)

"San Mayol cumple 114 años.

Es primavera. El sol ha decidido acompañarnos un rato más. Como si lo imitáramos, nos despertamos más temprano y nos dormimos más tarde.

La flora está en la superficie. La fauna la huele. En el olfato de los animales está la verdad sobre el origen del mundo. Nosotros tan sólo sabemos que algo ha comenzado.

Los cumpleaños le guardan un rincón a la nostalgia. Es un cumpleaños diferente: vos estás de otra manera.

Por suerte, el ruido necesita del silencio. Recién cuando toda calle notaremos que la música ha flotado, mágicamente, en el aire.

Te vamos a recordar toda vez que escuchemos la naturaleza.

Hoy, por vos, celebramos tu San Mayol.

Gracias por todo, Sandra."

